

TRANSICIONES

VÍCTOR A. ESPINOZA

*Incrédulos*

Se día en compañía de Beatriz Calvo, investigadora del Ciesas, Aurora Loyo, investigadora de la UNAM y Jesús Montenegro de El Colef, platicábamos apasionadamente acerca de las dificultades del candidato para lograr que su campaña repuntara. En el marco de un congreso sobre educación, nos reunimos en la ciudad de San Diego; el tema era inevitable: La campaña de Luis Donaldo Colosio iba en picada; algo tendrían que hacer para apuntalarla. Analizamos todos los escenarios; hasta los más extremos. Incluso pensamos en la posibilidad de que fuera sustituido por otro candidato: Sin embargo, la desechamos pues nos pareció que era una vía que conduciría al suicidio del régimen priista. Entonces surgió la hipótesis terrible de que la única forma de que el PRI ganara sería que el candidato enfermara repentinamente o muriera. Todos nos quedamos helados: Se trataba de una treta maquiavélica e injusta; ¿sería capaz de llegar a ese extremo el Estado mexicano?

Regresé a Tijuana como a las 8 de la noche; con los ojos de la tragedia que después conocería, ahora recuerdo que la ciudad lucía extraña, nerviosa, triste. Pocos autos en la calle, los escasos transeúntes sumidos en sus pensamientos. Al llegar a casa, Isabel me pregunta sin mediación “¿ya te enteraste?”. Y sin darme oportunidad a una respuesta, me dijo: “le dispararon a Colosio”. Luego fue ver en la televisión la imagen de Jacobo Zabludovsky dando la noticia fatal y reproduciendo la voz entrecortada de Liébano Sáenz: “el candidato del PRI, Luis Donaldo Colosio, ha muerto”. La sensación de derrumbe fue inevitable. El sentimiento generalizado era que todos habíamos muerto en Lomas Taurinas. Todos perdimos, no hubo ganadores. Tiempo después, una protagonista ilustre de la trágica historia me dijo algo que les sucedió a muchos mexicanos: “Ese día dejé de creer en este País”. Así de sencillo, así de terrible.

Ha pasado una década desde aquel aciago 1994. El País se ha transformado en todos los órdenes; la alternancia federal llegó en el año 2000. Es difícil saber cuánto es obra del asesinato de Colosio. Lo único que parece no haber cambiado es que la mayoría de los mexicanos sigue pensando que se trató de un complot armado desde el centro mismo del poder: Desde la Presidencia de la República. Difícilmente esta interpretación va a variar algún día. Pese a las evidencias y al trabajo de cuatro fiscales especiales, para el imaginario colectivo, Mario Aburto Martínez no pudo haber actuado solo. De entonces a la fecha se han publicado 28 libros; la inmensa mayoría tratan de “mostrar” las evidencias de que fue un crimen de Estado; otros de que se trató de un asesino solitario. En eso ha quedado el “Caso Colosio”. Nadie es capaz de discutir las ideas y propuestas del pensamiento colosista. La Fundación Colosio languidece sin apoyo del PRI; todo queda reducido a tratar de encontrar quién ordenó el asesinato. Lo más que se llega a hacer es a recordar el emotivo discurso del 6 de marzo de 1994 en el Monumento a la Revolución.

Para el PRI, Colosio es parte de un discurso mitificador; se ha construido el mito Colosio; lo han convertido en un referente simbólico sobre todo en el aniversario de su muerte. Luis Donaldo es un mártir de la democracia, un héroe nacional, porque fue el gran perdedor, él y su familia. Así son nuestros héroes nacionales; como bien lo demuestra Luis González de Alba en su magnífico libro “Las mentiras de mis maestros”, los perdedores son mitificados. La muerte de Colosio le fue útil al nuevo candidato Zedillo y a su partido: La gente salió a votar e hizo triunfar ampliamente al PRI. Pero el “efecto Colosio” duró muy poco. En las siguientes elecciones federales el PRI perdió la mayoría absoluta en el Congreso y la capital de la República, entre otras plazas. Quizás entre otras razones porque se afianzó la idea de que el crimen había sido obra de un complot urdido desde Los Pinos. Hoy, como entonces, para conocer algo más sobre los móviles del asesinato que terminó por resquebrajar al sistema, la palabra la tiene Mario Aburto. Sin embargo, desde la soledad sigue callado; quizás porque no tiene nada más que añadir.

Victor Alejandro Espinoza es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.

Correo: victorae@colef.mx